

Respuesta al comentario del doctor José Luis Vera Cortés

Victor Vacas Mora

Diálogo Antropológico, año 04, núm. 14 (2006): pp. 39-41 (www.dialogoantropologico.org)

El doctor José Luis Vera ha considerado que la articulación entre las identidades del individuo y la colectividad es insuficientemente tratada en el artículo de mi autoría. Aunque puedo decir que el escrito presentado no pierde de vista (por lo menos no del todo) ciertos aspectos sugeridos por él, no era éste el objetivo del texto. Si bien perfiló el problema de la articulación entre ambos niveles, profundizar a fondo en dicha problemática hubiera supuesto ahondar en un terreno ajeno al que mis intenciones y esfuerzos se destinaban, desplazando de esta forma el propósito principal. La identidad es considerada en el trabajo como un sistema ideológico construido desde, por y para diferentes parámetros y necesidades. Esto deriva en formas distantes de construir dicha abstracción mental. Para alcanzar esta meta, utilizo dos constantes presentes en toda sociedad: el cuerpo y sus componentes anímicos –a los cuales considero (coincidiendo con el doctor Vera) piezas clave en la formulación de los procesos de diferenciación-asociación.

Desde las diferencias atisbadas por mi estudio en la comprensión del organismo y las unidades constitutivas del ser humano (tan importantes o más que el propio organismo), propongo una fabricación diferencial de la identidad. Este era el nudo central del trabajo y no un ensayo acerca de la identidad como tal. De haber sido así, efectivamente y como señala el comentario de Vera, incluir la operatividad del juego entre identidad individual y la colectiva sería ineludible, al tiempo que definiciones más concretas se harían necesarias. Aclarado este punto sobre la crítica vertida, puedo continuar coincidiendo con el doctor Vera en los problemas para deshacerse del esencialismo como modelo de pensamiento y ordenamiento. Sin embargo, cabe aclarar que el estudio presentado parte de un planteamiento científico propio de Occidente y las categorías manejadas en él han de ser, por ello, emergidas desde y para postulados occidentales. Intentar escribir un artículo sobre determinado grupo étnico de cierto enclave mexicano desde su posicionamiento en el mundo y sus categorías (aquellas que les ofrece su cosmovisión particular), sería sin duda interesante, constructivo e ingenioso. No obstante, considero que, científicamente, poco aportaría a un estudioso occidental, más allá de una nueva etnografía carente de profundidad en el análisis socio-científico. Además, este artículo no pretendía ser una crítica o acusación contra el esencialismo. Simplemente se resalta su valor en el pensamiento occidental como uno de los moldes rectores, un rasgo que condiciona un sistema concreto ontológico y permite determinados modelos filosóficos en detrimento de otros. No se aboga en ningún momento por su abandono o se diatriba en favor del pluralismo como superior o mejor marco de formulaciones simbólicas. El texto pretende concienciar de estas tendencias histórico-filosóficas como influyentes en las formas de comprender el cuerpo y sus componentes espirituales; elementos que, junto a otras coordenadas culturales, ejercen un importante papel en la implementación del tipo identitario manejado en diferentes áreas.

Por lo anterior, no considero haber excedido la importancia otorgada al rol del cuerpo en el entramado que da forma a la persona y, con ella, a la identidad. Solo basta releer los trabajos a este respecto de Viveiros de Castro, Aguado Vázquez o Gutiérrez Estévez (citados en el artículo) para

comprender a qué me estoy refiriendo. El cuerpo, ese elusivo agente o extraño desconocido para José Luis Vera, es un concreto referente para los indígenas amerindios, un perfecto conocido a partir del cual erigen muchas de sus escisiones taxonómicas. Su importancia queda manifiesta, por ejemplo, en las decoraciones, manipulaciones y tratamientos simbólicos a los que el cuerpo se expone en toda cultura y cuya semiótica va más allá, en muchos casos, del mero placer estético o de la simple recreación sensorial. Desde este punto de vista simbólico, considero factible dar respuesta al interrogante que Vera plantea: "¿cómo pasamos del cuerpo biológico a la construcción social del mismo y a la experiencia corporal en el contexto de la construcción de identidades individuales y colectivas?"

Con "persona externa" me refiero a la forma material que cada cultura acepta como la morfología de ser humano. Es aquello no anímico que diferencia los seres y por lo cual es posible catalogar y escindir. Considero que hablar de persona externa es más acertado que de "cuerpo biológico", pues puede que el cuerpo biológico no exista (vuelve a ser una categoría occidental fruto del esencialismo que Vera critica). El cuerpo no es sino una realidad más, asumida, concretada, definida y redefinida culturalmente como el resto de realidades. Asimilar la existencia de un "cuerpo biológico" puede ser inexacto, pues es un concepto que varía de unas culturas a otras (tal y como las etnografías tocantes al tema han demostrado). Considero escasa a la expresión "cuerpo biológico" a la hora de abarcar "la materia externa de la persona", en vista de que tiene unas connotaciones muy determinadas que limitan esa materialidad al contorno anatómico cuando en muchos grupos mesoamericanos va bastante más allá. ¿No es tan cuerpo el propio como el *tonal*, una extensión material más de la persona?

En lo tocante a la dicotomía que el doctor Vera parece plantear como motor de la filosofía y pensamiento occidental, a mi juicio es un profundo error interpretar el dualismo (particularmente el dualismo excluyente occidental) como irreconocible con el monismo o esencialismo. Que se enfrenten dos categorías no exime a las mismas de provenir de concepciones monistas. Las categorías que se insertan en este juego dual de opuestos no complementarios devienen de presupuestos esencialistas que encuentran en ellos seres, objetos o realidades cerradas, aislables y objetivamente observables, cuya esencia impertérrita les hace válidos para la observación y estudio científico. A partir de éste, se cree en la posibilidad de llegar a unas cualidades esenciales, objetivamente sustantivas e inherentes a la realidad estudiada; cualidades que la hacen la misma en todo tiempo y lugar habilitando su examen y estudio. De estos postulados positivistas nacen unos conceptos que se pretenden universales como "ser humano", "persona", "cultura", "naturaleza" y "cuerpo biológico". La oposición de dos de estas entidades imaginadas (por ejemplo, cultura-naturaleza) no es más que un proceso de dualismo que enfrenta dos supuestas realidades sustantivas y esenciales. No veo dónde desaparece el monismo en esta operación.

La ciencia, como cosmovisión rectora del universo occidental, parte del esencialismo y del monismo como ejes axiales, a partir de los cuales es posible desarrollar plenamente los axiomas que propone. Sin conceptos sustantivos y esenciales no hay proceso científico porque sus categorías desaparecen y, con ellas, las leyes y planteamientos que consolidan dicha visión del mundo. El pluralismo, pues, no es rastreado en las oposiciones que el doctor Vera esgrime. La antropología, entonces, no nace tan solo de la "otredad" y de su oposición dual con lo "propio" sino también de

creaciones heurísticas tales como "ser humano", "cultura" o "naturaleza"; agentes que se pretenden universales, invariables y esencialmente perdurables en toda latitud y espacio. Por otro lado, el comentario al texto no observa nada respecto a las unidades compositivas íntimas, esas que nominadas como "alma" o "almas" convierten en persona al individuo, le hacen uno con un *continuum* de seres y lo insertan en el cosmos. Siendo tan importantes o más que el cuerpo en el juego de la identidad (dado los puntos de vista que proveen) las emociones, los ejercicios de duplicación y extensión de la persona a dimensiones desconocidas en occidente, un comentario al texto no puede centrarse solamente en el organismo como "implementador" de la identidad sin arriesgarse a acabar en un enfoque escaso.

En definitiva, el artículo esboza la importancia de la noción que de la persona se tiene en el desarrollo de un concepto tan importante como es la identidad. La variabilidad en las formas de percibir la persona, su cuerpo y sus unidades compositivas anímicas, influyen en la construcción diferencial del sentimiento identitario. En este sentido (el único al que apuntaba el artículo) considero cumplidas sus metas. Me parece que el doctor Vera deja muchos aspectos de mi escrito fuera de su comentario, centrándose en un solo factor que, a mi entender, no necesariamente ha sido el que podría brindar una discusión mayor. Sin embargo, su exposición permite ahondar en dos posturas analíticas diferentes que, del mismo modo que las categorías dicotómicas cuestionadas aquí, no necesariamente se excluyen entre sí. En lo que a mí respecta, puedo concluir que no es el cuerpo quien nos engaña, sino nosotros mismos buscando aquello que *a priori* queremos encontrar en lugares donde no hay forma de hallarlo.